EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

¡¡FUEGO!!

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

LUIS DE LARRA (HIJO)



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1891

¡¡FUEGO!!

¡¡FUEGO!!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

LUIS DE LARRA (HIJO)

Representado con aplauso en el TEATRO DE APOLO de Madrid.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
DOLORES	SRTA.	GUZMÁN.
DOÑA TERESA	»	MEJÍA.
EL BRIGADIER	SR.	HIDALGO.
RAMIREZ	»	PINEDO.
UN JARDINERO	»	MORÓN.
UN CABO	»	MORA.

Época actual.

El pensamiento de este juguete está tomado de un sainete antiguo.

ACTO ÚNICO

Jardín; en la izquierda, primer término, un pabellón saliente con puerta á la escena y escalerilla, y una ventana que da frente al público. Al foro, verja de hierro con puerta en el centro. En la derecha, primer término, un velador, sillas, mecedoras, macetas con flores, etc., etcétera.

ESCENA PRIMERA

EL BRIGADIER, RAMIREZ y el JARDINERO

JARD. ¿Cómo se ha venío usté sin avisar? la señorita no le esperaba, y se ha ido á misa.

BRIG. Está bien.

JARD. Si su excelencia quiere, iré en un brinco por ella, y la diré que ha venío usté y que la espera.

BRIG. Bueno.

JARD. Voy volando.

BRIG. ¿Pero vas á interrumpir la misa?

JARD. ¿Toma, y qué?

BRIG. Vete á la puerta de la iglesia, y cuando salgan dí á mi hija que venga inmediatamente, pues sólo podré permanecer á su lado dos horas.

JARD. ¿Cuando acabe la misa? ¡Pues ya va pa rato!

PERSONAJES	ACTORES
DOLORES	Srta. Guzmán.
DOÑA TERESA	» Mejía.
EL BRIGADIER	Sr. Hidalgo.
RAMIREZ	» Pinedo.
UN JARDINERO	» Morón.
UN CABO	» Mora.

Época actual.

El pensamiento de este juguete está tomado de un sainete antiguo.

Soledad Valero

ACTO ÚNICO

Jardín; en la izquierda, primer término, un pabellón saliente con puerta á la escena y escalerilla, y una ventana que da frente al público. Al foro, verja de hierro con puerta en el centro. En la derecha, primer término, un velador, sillas, mecedoras, macetas con flores, etc., etcétera.

ESCENA PRIMERA

EL BRIGADIER, RAMIREZ y el JARDINERO

JARD ¿Cómo se ha venío usté sin avisar? la señorita no le esperaba, y se ha ido á misa.

BRIG. Está bien.

JARD. Si su excelencia quiere, iré en un brinco por ella, y la diré que ha venío usté y que la espera.

BRIG. Bueno.

JARD. Voy volando.

BRIG ¿Pero vas á interrumpir la misa?

JARD ¿Toma, y qué?

BRIG. Vete á la puerta de la iglesia, y cuando salgan dí á mi hija que venga inmediatamente, pues sólo podré permanecer á su lado dos horas.

JARD. ¿Cuando acabe la misa? ¡Pues ya va pa rato!

BRIG. Obedece, y no repliques.

JARD. Voy, voy; (¡qué mal genio tiene su excelencia! tengo observao que *toos* los personajes están siempre rabiando.)

BRIG. ¿Qué replicas?

JARD. Digo, que si á usté le parece, podía entrar por la sacristía y decirle á mi sobrino, que es el monaguillo, que le dijera al cura de su parte de usté que se diera prisa.

BRIG. ¡Alcornoque! ¡No dices más que desatinos!

JARD. Yo, porque no esperara; pero si á usté le parece mal, no hay na de lo dicho. Voy á esperar en la puerta... (y antes echaré unos chicos con el cabo, que paece aficionao á lo tinto.) (Vase.)

ESCENA II

EL BRIGADIER y RAMÍREZ

BRIG. ¡Ramírez!

RAM. ¡Mi Brigadier!

BRIG. ¿A qué hora sale el Ministro?

RAM. ¡A los dos!

BRIG. Tengo tiempo para ver á mi hija; serán...

RAM. Las once y media.

BRIG. Usted extrañará que hayamos salido antes que el Estado Mayor; pero estando esta quinta á dos pasos de la dehesa de Carabanchel, (donde se efectuarán esta tarde las maniobras) he querido, aprovechando esa circunstancia, pasar un par de horas cerca de mi hija.

RAM. Es muy justo; pero como sólo hace cuarenta y ocho horas que tengo el honor de estar á las órdenes de vuecencia....

BRIG. Suprima usted...

RAM. Gracias, mi Brigadier; digo, que ignoraba que poseyese usted esta quinta...

BRIG. Sólo hace tres meses que la poseo, y no por mi gusto;

circunstancias agenas á mi voluntad, me hicieron adquirirla para que mi hija pasase en ella una corta temporada.

RAM. (¡A quién se lo cuentas!)

BRIG. Yo tengo un carácter enérgico y fuerte, pero fácil de comprender; mi hija ha heredado sin duda ese carácter, y á él debe el vivir en Carabanchel.

RAM. ¡Es extraño!

BRIG. No lo crea usted, acostumbrado á las fatigas del campamento, y militar de guerra y no de salones, quizás sean rarezas lo que yo considero cariño é interés; pero hay sólo dos cosas, á las cuales se resiste mi duro carácter; la ingratitud y la falta de obediencia.

RAM. (Ya pareció aquello.)

BRIG. Yo he sido muy feliz de esta manera, y á los cincuenta y cuatro años, he sufrido el primer desengaño de mi vida. No he tenido más que una hija; hija, que como usted puede comprender, ha sido siempre mi sola adoración. Pensé en su matrimonio; ¡nunca lo hiciera! la hablé del asunto y contestó con evasivas: ¡cuán ageno estaba yo de adivinar la causa de su negativa!

RAM. (Aquí entro yo.)

BRIG. Mi hija estaba enamorada sin mi consentimiento: ¿y de quién? De un cualquiera: ¡de un oficialillo! Traté de impedir esos amoríos: suprimí los bailes; las reuniones: hasta la misa. Entonces me habló mi hija del libre albedrío; de las pasiones; ¡qué sé yo! En resumen; no sólo se negaba á casarse con el marido que yo la proponía, sino que llegó á decirme que jamás podría olvidar á su novio y que no se casaría sino con él.

RAM. (¡Bendita sea!)

BRIG. Traté de averiguar quién era ese oficial para pedir al Ministro que lo trasladara á la Habana, á Manila, ¡á los infiernos!

RAM. (Muchas gracias.)

BRIG. Pero no me fué posible dar con él. Pensé alejar á mi hija de Madrid, y en efecto; la mandé á Málaga con mi hermana; ¡pero qué fatal casualidad! El mozalvete se encontraba allí en comisión del servicio.

RAM. (Gracias á las influencias de mi padre.)

BRIG. Traje á mi hija á Madrid; volví á hablarla y persistió en su desobediencia.

RAM. Pero bien, mi Brigadier, ¿qué razones alegaba usted para oponerse á...?

BRIG. ¡Muchísimas! La primera, que una hija sólo debe querer á quien su padre mande.

RAM. Basta con esa.

BRIG. Una mañana, sin darla tiempo para que pudiera avisar á su novio, la metí en el coche y la conduje á esta quinta, donde está instalada hace tres meses con su haya, una señora única, que me ha sido fiel en todas mis desventuras. Aquí no viene ese joven, según me afirman...

RAM. (Mas que los lunes y los viernes.)

BRIG. Y aquí estará hasta que me pida perdón y haga mi voluntad.

RAM. (Espérate sentado.)

BRIG. Y si se niega á obedecerme, la encierro por toda su vida en un convento.

RAM. Hoy ya no es eso tan fácil, mi Brigadier.

BRIG. ¿Qué? Hoy como siempre yo haré lo que me dé la gana.

RAM. ¿Me permite mi Brigadier que emita una opinión, desinteresada por supuesto?

BRIG. Emítala usted.

RAM. Pues digo, que si su hija estuviese enamorada efectivamente...

BRIG. Que se desenamore.

RAM. Pero si ellos quieren casarse.

BRIG. Yo también quiero ser capitán general, y no lo soy: nada, nada; ó esta tarde se decide mi hija, ó mañana la llevo á un convento.

RAM. Pero...

BRIG. No hablemos más: voy á la casa; puede usted pasear por el jardín con entera libertad.

RAM. A la orden, mi Brigadier.

BRIG A la una salimos para la dehesa; avise usted á los ordenanzas. (Vase al pabellón.)

RAM. Gran padre es mi señor Brigadier; de poco me ha servido revolver á Roma con Santiago para estar á las órdenes de mi suegro. Yo me decía: estudiaré su carácter; averiguaré sus gustos, sus aficiones; fingiré, todo inútil. ¿Y qué hacer? Lo primero es enterar á Dolores de lo que ocurre; la pondré cuatro letras; yo mismo procuraré dárselas cuando entre. Aquí mismo; papel y lápiz en mi cartera; eso es lo mejor (Siéntase en el velador y saca una cartera de bolsillo y escribe.) «Lolita: estoy aquí; tu padre es una fiera; vendré por tí al anochecer.» ¿Eh? ¿Quién es?

ESCENA III

DICHO, DOLORES y DOÑA TERESA por el foro.

RAM. ¡Dolores!

DOL. ¡Enrique!

TER. ¡Jesús! (Se levantó Ramírez para salir al encuentro de Dolores y dejó olvidado, encima del velador, el papel que arrancó de su cartera de bolsillo y que servía de esquela. Dicho se está que al arrancar el papel de la cartera, se guardó la misma y se puso á escribir.)

DOL. ¡Vete, por Dios! Mi padre ha llegado: si te ve...

RAM He venido con él.

DOL. ¿Tú?

TER. ¿Usted?

RAM. Comprendo su extrañeza; ¿pero no dicen nada estos cordones?

TER. ¿Qué han de decir unos cordones?

RAM. Que desde anteayer soy ayudante de campo de tu padre.

DOL. ¿Cómo?

TER. ¿Usted?

RAM. Buen trabajo me ha costado.

TER. Es usted el demonio.

DOL. ¿Dónde está?

RAM. Te espera en la casa; pero antes de verle es necesario que hablemos.

DOL. Tengo miedo.

RAM. Doña Teresa custodiará la puerta.

TER. ¿Ya empezamos?

RAM. Escucha: tu padre no ceja; pensar en el depósito es inútil, pues no tienes aún los veintiún años que la ley exige.

DOL. Esperemos; tengo dieciocho.

RAM. Eso es; y mañana te llevará á un convento; sólo puede arreglarse de un modo. Mi madre sabe el cariño que te tengo y aprueba mi elección, buscaremos un refugio en sus brazos, y veamos si tu padre se atreve á arrancarte de ellos. Disponlo todo; vendré por tí al anochecer en un carruaje. Te aguardará mi madre.

TER. ¡El señor! ¡El señor!

RAM. ¡Huy! Adiós: con él te dejo. (*Vase por detrás del pabellón.*)

ESCENA IV

DOÑA TERESA, DOLORES y EL BRIGADIER

BRIG. ¡Lola!

DOL. ¡Papá! ¿Tú aquí? ¿Cuándo has venido?

BRIG. ¿Vienes de misa?

DOL. Sí.

BRIG. ¿Nada más que de misa?

TER. Nada más.

BRIG. ¡Señora, mucho cuidado; mucho ojo, señora!

TER. Señor, ya sabe usted que soy un perro de presa; un feróz cancerbero.

DOL. ¿Y á qué debo esta visita y así de uniforme? ¿Vienes quizá por mí?

BRIG. ¿Por tí? Aquí has de permanecer hasta que me obedezcas...

DOL. ¡Pero papá, por Dios!

BRIG. ¡No hay Dios!...

TER ¡Jesús!

BRIG. ¡Que valga!

TER. ¡Ah!

BRIG. Yo voy á las maniobras; á la vuelta pernoctaré aquí, y mañana á estas horas habrás optado por el convento ó por la renuncia formal y decisiva á ese noviajo de mala muerte.

TER. ¿Pero usted conoce á su novio?

BRIG. ¡Ni quiero!

DOL. ¡Mire usted que es mucho cuento! ¡Como si usted no se hubiera casado de alférez!

BRIG. ¡Y sobre todo, lo he dicho yo, y donde yo hablo, firma el Rey. . y se acabó. Pasemos á otro asunto.

DOL. (¡Qué desgraciada soy!)

TER. (¡Señorita, no se aflija usted!)

DOL. (Eso es; ¿si á usted le quitaran el novio?...

TER. (¡Ay! ¡Sí que me lo quitaron: una prima mía se casó con él!)

BRIG. ¿Eh? ¿Qué secretos son esos?

TER. Estábamos disponiendo el almuerzo para vuecencia.

BRIG. Ya he almorzado: podéis retiraros.

DOL. ¡Pobre de mí! ¡Pues no, no y no! (Vanse al pabellón.)

ESCENA V

EL BRIGADIER y el JARDINERO

BRIG. ¡No faltaba más! ¡Oficialitos á mí! ¿Y será verdad que aquí no se ven? Buena mujer es doña Teresa; pero sin embargo, sería conveniente... ¡Aquí viene el

Jardinero! ¡Procedamos al más exquisito interrogatorio! A esta gente soez, se le suelta fácilmente la lengua. Veamos.

JARD. ¿Han venío ya?

BRIG. Sí.

JARD. Yo no las he visto, y cuidiao que he puesto tóos mis ojos en el pótrico pa verlas de venir; pero na, se me han escabullío; como es la fiesta del pueblo, había un gentío de gente y un bullicio que ..

BRIG. ¡Bien, bien; es posible que no hayan estado en misa!

JARD. Eso decía yo; porque ña usté que yo me he fijao de órdago; pero na.

BRIG. ¿Y sabes tú quién vive en este pueblo?

JARD. ¡Anda, anda: pues no he de saberlo, si en de que nació mi madre vivo yo aquí! El tío Patas, es esquilaor; el rey, el alcalde, el albéitar, con perdón de usted.

BRIG. No es eso.

JARD. ¿Que no es albéitar? Pus misté que á la mula de la noria la curó bien una digestión que tuvo.

BRIG. (Es cerril.) Te pregunto si conoces á la colonia.

JARD. ¡Cá! No: eso está en Pinto. Es la Compañía de la Colonial.

BRIG. (¡Estúpido!) Te hablo de los forasteros.

JARD. ¡Anda, anda; ya lo creo que los conozco! Las de Mendrugo, las del Indiano, las de en ca el cómico, las feas; toos esos vienen de Madrid á sacar los cuartos á los probes en el verano.

BRIG. (¡Es imposible!) (Concretaré más el interrogatorio.) ¿Y la señorita, paseará mucho por el jardín?

JARD. Le diré á usía; las noches oscuras suele bajar un rato, porque dice que la luna le hace daño en los ojos.

BRIG. ¡Ciertos son los toros!

JARD. ¿Toros aquí? como no sea en el día de la Virgen, no torea náide.

BRIG Se aburrirá mucho, siempre sola.

JARD. Como se pasa el día leyendo las cartas que vuecencia le manda...

BRIG. ¿Las cartas?

JARD. Lo que sí me choca es que cáa día las trae un melitar distinto.

BRIG. ¿Y no las ha traído nunca un oficial?

JARD. ¿Un oficial es un paisano?

BRIG. ¡Estúpido!

JARD Yo la verdá; como me da siempre que viene veinte riales pa que calle, no le pueo icir na á usía.

BRIG ¡Está bien, déjame! (¡Ya me lo sospechaba!)

JARD Y como yo he visto que es amigo de usía...

BRIG. ¡Ni una palabra más, déjame; sal al momento!

JARD. ¿Que táiga sal?

BRIG. Que te vayas y avises en el acto á doña Teresa.

JARD. (¿Qué le ha dao?)

BRIG. ¿No me oyes?

JARD. ¡Ya voy, usía, no se enfade usía! ¡Con el premiso de usía! (Vase al pabellón á dar el recado y vase por el foro por detrás de la verja.)

ESCENA VI

EL BRIGADIER

¡Vendido! ¡Burlado! ¡Por todas partes servidores infieles! ¡No quiero verla! Mañana sin falta ingresará en el Sagrado Corazón. (En este momento se sienta y ve la carta ó esquela que dejó olvidada Ramírez en el velador.) ¿Eh? ¡Una carta, con lápiz y sin firma! (Lee.) «Lolita, tu padre es una fiera.» ¡No lo sabes tú bien! «Vendré por tí al anochecer.» ¡Ah, miserables! ¡Ramírez! ¡Ramírez!

ESCENA VII

DICHO y RAMÍREZ, por detrás del pabellón

RAM. ¡Mi Brigadier!

BRIG. Es indispensable que me preste usted hoy un servicio de la mayor importancia.

RAM. A la orden de vuecencia.

BRIG. ¡Voy á confiarle á usted mi honra entera!

RAM. (¡Huy! tiene mi carta; ¡qué torpeza!)

BRIG. Necesito, en el plazo de cuarenta y ocho horas, saber á ciencia cierta quién es el autor de este anónimo.

RAM. ¡Mi Brigadier!

BRIG. Sé que es difícil, mas no importa: usted es listo y honrado; por tal le tengo, al hacerle depositario de mi honra. Pídame usted en cambio cuanto quiera; el ascenso inmediato, mi amistad, mi agradecimiento; hasta mi vida, si es necesacio; no repare usted en cómo, dinero, gente: soy capáz, si aun así no parece, de hacer escribir ante mí á toda la oficialidad de Madrid.

RAM (¡En buen lío me he metido!)

BRIG Desde esta tarde misma, puede usted empezar sus pesquisas; yo, entre tanto, impediré que entre ni salga nadie de esta quinta. Envíeme usted á un ordenanza.

RAM. (¿Qué intentará? Es necesario prevenir á Lolita.) ¡A la orden, mi Brigadier! (Vase Ramírez por el foro de la derecha.)

ESCENA VIII

EL BRIGADIER, DOÑA TERESA y luégo EL CABO

TER. ¿Llamaba el señor?

BRIG. ¡Venga usted aquí, dueña de los demonios!

TER. ¡Señor!...

BRIG. ¡Vieja maldita!

TER Lo que es vieja...

BRIG. ¿Es esta la confianza que yo puedo depositar en usted? ¿Dónde está aquella fidelidad tan decantada?

TER. Pero ¿qué ocurre?

BRIG. Ocurre, que usted es una infame; que mi hija es una rebelde, y que yo voy á extrangular á ustedes.

TER. ¡Caracoles!

BRIG. ¿Quién entra aquí cuando yo no estoy?

TER. ¡Nadie!

BRIG. ¡Mentira!

TER. Pero...

BRIG. ¡Mentira, repito! ¡Necio de mí, que fío á gente mercenaria lo que he debido saber guardar! En esta casa se ven mi hija y su novio cuando se les antoja. ¿De qué sirve usted entonces?

TER. Yo no he visto...

BRIG. ¡De noche; cuando no hace luna; en el jardín!

TER. No haciendo luna, es imposible ver. Además, que con el relente yo no puedo bajar de noche.

BRIG. Está bien; yo tengo que marchar á las maniobras; ya se acerca el Ministro; y como no me fío de ustedes, hasta que vuelva voy á dejarlas encerradas en la casa.

TER. Pero...

BRIG. No hay pero que valga: diga usted á mi hija que sólo tiene de plazo el tiempo que yo tarde en volver.

CABO. ¡Mi Brigadier!

BRIG. ¿Que ocurre?

CAB . Cuando vuecencia guste, los caballos están ensillaos.

BRIG. Está bien: oye, y entérate de lo que te voy á decir; te juegas la cabeza: tú no vienes á las maniobras; te colocarás en esta plazoleta con la carabina al brazo, en una palabra, de centinela. No te moverás de aqu bajo ningún pretexto; á todo el que se acerque á esa ventana, fuego: al que se aproxime á la puerta, fuego, y á todo el que pase por aquí...

CABO. ¿Fuego también?

BRIG. Bárbaro; el alto y el «¡quién vive!» sólo mi ayudante tiene franca la entrada; si entra aquí alguien que no sea él, te fusilo.

CABO. ¡Mi Brigadier!...

BRIG. Ni una palabra más: y usted, señora, á la casa.

TER. Reflexione usted que...

BRIG. ¡Adentro, ó mando hacer fuego!

TER. ¡Ay! (Vase al pabellón seguida del Brigadier, que cerrará la puerta con llave y hará mutis por el foro de la derecha.)

BRIG. Así: ahora la llave en mi poder, A las maniobras. (Al Cabo.) Ya lo sabes: ó fuego, ó tu cabeza. (Vase.)

ESCENA IX

EL CABO y EL JARDINERO

CABO. Está bien: ¡probe cabesa mía! Por supuesto que al primero que pase lo divido: ¡qué lástima! yo que estaba tan entretenío con la cosinera...

JARD. ¿Qué haces aquí, melitar? ¡si ya se ha dío el amo!

CABO. Déjale que se vaya: nosotros ahora vamos á echar un párrafo y unas copas.

JARD. Lo de las copas no está mal decío: pero eso del párrafio, no me da güena espina.

CABO. No seas pirante y escucha.

JARD. Escucho.

CABO. Mi Brigadier, que aquí entre parentesis es una fiera, me ha ordenao que no me menee de este sitio, bajo la multa de mi cabesa.

JARD. No es mala multa.

CABO. Pero quiero que tú te apropincues una botella de lo triple, pa que esta sentinela no se nos haga tan desaboría.

JARD. ¿Conque lo triple? Vengan los cuartos.

CABO. No avillelo ni una mota. Ponlos tú, que yo te los daré á otro viaje.

JARD. Yo ni pa la picaura tengo: conque...

CABO. Oye, oye; se me ocurre una idea: tú te queas aquí en mi puesto, con tres lisiones que yo te dé; y mientras, jonjabo yo á la cosinera pa que nos convide á unas lamparillas.

JARD. ¿Y yo me quedo aquí?

CABO. ¡Claro!

JARD. ¿Solo?

CABO. ¡Claro!

JARD. ¿Y pa qué? (Haciendo todo lo que marca el diálogo.)

CABO. Pues pa eso. Mira, ahora te pones la carabina así y te estás paseando de aquí hasta allí, y de allí hasta aquí.

JARD. De aquí, aquí...

CABO ¡Eh! más despasio.

JARD. De aquí...

CABO Eso es; pero más alta el arma, así. El objeto es que no pase náide por esa puerta. Al primero que llegue le das el alto.

JARD. ¿En la cabeza?

CABO. No, hombre. «¡Alto!» le dices, y «¿Quién vive?»

JARD. El que no se haya muerto.

CABO. No seas bodoque. Le das el alto tres veses, y luégo el quién vive; y si no te hase caso, ¡fuego! Sólo puede entrar el ayudante de mi amo. El teniente.

JARD. ¿El cura?

CABO. No, hombre. El de las dos estrellas aquí: el del bigote.

JARD. ¡Ya! ¿Conque no trayendo dos estrellas y bigote, fuego?

CABO Eso es. Ahora vamos á probar qué tal lo hases pa que yo me vaya tranquilo. Figúrate que yo soy un señor.

JARD. ¡Ay, qué gracia! ¡Dice que es un señor!

CABO. Un señor que quié entrar y tú no me dejas.

JARD. ¡Güeno!

CABO. (Subiendo al foro.) ¡Buenos días!

JARD. ¡Mira, si llegas á entrar te arrimo un estacazo que te reviento!

CABO. ¡No es eso!

JARD. ¿Pus no me has dicho que no te deje entrar?

CABO. Pero tienes que darme el alto tres veses y el quién vive.

JARD. Ya no me acordaba.

CABO. Vamos á ver si te acuerdas. Buenos días.

JARD. ¡Alto tres veces; quién vive!

CABO. ¡No, hombre, no!

JARD. ¿No? Pus mira: lo haces tú.

CABO. No seas posma. Se dise: «¡Alto!» «¿Quién vive?» y si el otro no contesta, «¡Alto!» «¿Quién vive?» y si se calla, «¡Alto!» «¿Quién vive?»

JARD. Y mientras, se ha colao ya hasta la alcoba.

CABO. No, porque entonces hases fuego; pero apuntando al sielo, no vayas á hacer una barbaridad. Sólo ar teniente dejarás pasar, á nadie más; pena de la vida. Si se abre esa ventana ó esa puerta, fuego también; hasta el oscureser no ha de volver mi amo, conque mucho ojo. ¡Ah! oye; mejor era que te pusieras mi guerrera y mis pantalones por si viene el oficial.

JARD. Eso sí que no; yo soy hijo de viuda y...

CABO. Bueno, bueno; pronto vuelvo con el aguardiente.

ESCENA X

EL JARDINERO y RAMIREZ

JARD. ¿Conque el alto, el quién vive, las estrellas, el bigote y fuego? ¡Pus menuda retaila me ha encajao el melitar en cinco minutos! ¿Eh? ¿Quién viene? Pues pronto ha empezado mi obligación. ¡No; pues como no conteste el que sea! .. «¡Alto!»

RAM. (Sale por el foro.) ¿Eh?

JARD. El de las estrellas.

RAM. ¿Qué es esto?

JARD. ¿Esto? Una carabina.

RAM. ¿Qué haces aquí?

JARD. El cabo me ha mandao que náide pase más que usté.

RAM. ¿Yo?

JARD. El amo le ha mandao que mate á todo el mundo.

RAM. ¿Cómo?

JARD. ¿Cómo? ¡Así, verá usté!

RAM. ¡Eh! ¿Me quieres explicar?...

JARD. El Cabo se ha dío por aguardiente, y me ha dejao en su puesto.

RAM. ¿Pero qué hacía aquí el Cabo?

JARD. ¡Esto! de aquí á aquí. (Paseando de derecha á izquierda.)

RAM. ¿Y quién le ha mandado?...

JARD. El Brigadier.

RAM. (Ahora lo comprendo todo. Como en la carta la decía que vendría á hablar con ella al obscurecer, ha querido impedir que entre ni salga nadie.) ¿Y te ha dicho que yo?...

JARD. Que usté puede entrar, salir y hacer cuanto le acomode.

RAM. Está bién; no abandones tu puesto.

JARD. ¡Bueno, hombre, bueno! De aquí á aquí.

RAM (Llegándose al pabellón.) Han cerrado la puerta.

ESCENA XI

EL JARDINERO, RAMÍREZ y DOLORES. Ramírez, al ver cerrada la puerta del pabellón, se dirige á la ventana del mismo, y llama, apareciendo en ella Dolores.

DOL ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Y papá?

RAM. Se ha marchado: tenemos que hablar; ¡vamos, abre!

DOL. ¡Imposible!

RAM. ¡Vamos, abre!

JARD. (Al ver abrir la ventana se echa la carabina á la cara, y dice sin disparar.) ¡Alto! ¡Fuego!

RAM. ¡Eh! ¿Qué haces?

JARD. ¡Si se abre esa ventana, fuego!

RAM. ¿No te han dicho que yo puedo hacer lo que me parezca?

JARD. Es verdad. De aquí, aquí; y de aquí...

RAM Oye: tu padre me ha comisionado para que yo descubra al autor de esta carta que yo te había escrito; tómala.

DOL. ¿Y qué piensas hacer?
RAM. Ya te lo he dicho. ¿Estás decidida?
DOL. ¡Eso nunca!
RAM. Pues bien; sobre tí recaerá la responsabilidad de lo que ocurra.
DOL. ¿Qué piensas hacer?
RAM. No lo sé: he estado en casa del juez; un antiguo amigo mío.
DOL. ¿Y qué?
RAM. Nada: me ha aconsejado la fuga.
DOL. Buen modo de administrar justicia.
RAM. Tienes que decidirte.
DOL. Ya lo he decidido. ¡Mi honra antes que tu cariño!
RAM. ¿Eh? ¿Qué ruído es ese?
DOL. ¿Qué pasa?
RAM. ¡Es tu padre! ¡Cierra, cierra! ¿Qué habrá ocurrido? Observaré desde aquí. (Se oculta detrás del pabellón.)

ESCENA XII

EL JARDINERO, EL BRIGADIER, RAMÍREZ, EL CABO, DOÑA TERESA y DOLORES

BRIG. (Dentro.) No desensillar los caballos.
JARD. ¿Otro? Este las pagará todas juntas. ¡Alto, quién vive!
BRIG. ¿No me conoces?
JARD. ¿Quién vive?
BRIG. ¡Voto á mil bombas!
JARD. ¡Alto, quién vive!
CABO (Por detrás del pabellón con una botella.) ¡Aquí está el aguardiente!
JARD. ¿No? ¡Pues fuego! (Dispara y sale el Brigadier por el foro.)
CABO. ¡Bárbaro! que es el Brigadier.
JARD. ¡Como no tiene estrellas!
BRIG. ¿Qué significa?...
CABO. ¡Mi Brigadier!

BRIG. No importa, Cabo. Ha cumplido usted la consigna; propondré el ascenso, á ver. ¡Ramírez! ¿Dónde está mi ayudante? ¡Ramírez!

JARD. ¡Estaba hablando con la señorita!

BRIG. (Estaría sondeando para descubrir.) ¡Ramírez!

RAM. Presente, mi Brigadier.

BRIG. ¿Qué ha descubierto usted?

RAM Yo... ¡Nada, mi Brigadier!

BRIG. Pues yo estoy sobre la pista.

RAM. ¿Vuecencia?

BRIG. Sí; podéis retiraros.

JARD. Dame la botella.

CABO. ¡Toma!

JARD. ¡Vacía! ¿Y pa eso he hecho tu obligación? (Vanse el Cabo y el Jardinero por el foro.)

BRIG. Escuche usted; apenas llegados á la dehesa y antes de empezar las maniobras, reparé en un grupo de oficiales, uno de los cuales estaba escribiendo con lápiz en una tarjeta. Un luminoso rayo me iluminó; ¿quién me decía que no podía ser ese el autor de la carta? Me lanzé á él, y arrebatándole la tarjeta, joven, le dije: esta tarjeta es para mí indispensable, ruégole, pues, tenga la bondad de dármela. Después á los once oficiales que estaban próximos, les hice escribir sus nombres y apellidos, y aquí los traígo para confrontar. ¡Once! ¡Mire usted!

RAM. ¡Pero eso es una arbitrariedad!

BRIG. No importa, para eso tengo mando. Venga la carta.

RAM. (¡Huy! la tiene Lolita.) ¡El caso es, que ha quedado en poder del juez!

BRIG. ¿Del juez? ¿Ha sometido usted el asunto á los tribunales ordinarios? ¡Pues ya hay para rato! Hay que ir por ella inmediasamente, ó si no, mandamos al Jardinero; eso es lo mejor. Escriba usted al juez; ahí mismo, aunque sea con lápiz.

RAM. (¡Se armó la gorda!) (Va á contestar que no tiene semejante carta.)

BRIG. «¡Señor juez! En el acto, entregue usted la carta ó si no...»

RAM. ¿Pero en esa forma? (¡Aquí no habrá más remedio que cantar de plano!)

BRIG. ¿Qué es eso? ¿No escribe usted?

RAM. ¡Mi Brigadier, es inútil!

BRIG. ¿Cómo inútil?

RAM. Sí; porque yo he sido más afortunado que vuecencia...

BRIG. ¿Eh?

RAM. Y he dado con el autor de la carta.

BRIG. ¿Dónde está? ¡Voy á matarlo!

RAM. (Es muy capáz.)

BRIG. ¡Pronto! ¡Pero no! Le desafiaré. La diferencia de graduación no me permitirá batirme con él, y usted será el encargado de hacerlo.

RAM. ¿Yo? (¡Batirme conmigo mismo!) ¡Vuecencia me honra!

BRIG. ¡Dolores! ¡Doña Teresa; salid! (*Va al pabellón, saca la llave que antes se guardó al cerrar el pabellón y abre éste.*)

DOL. ¡Papá!

BRIG. ¡Ven aquí, hija infame! ¡Ya cayó tu cómplice en mi poder!

DOL. ¡Ay, Dios mío!

RAM. (¡No hagas caso!)

BRIG. ¡A ver, Ramírez: diga usted el nombre del seductor!

RAM. ¡Mi Brigadier!...

BRIG. ¡Nada, nada; pídame usted cuanto quiera! ¡Ya se lo dije! ¡Mi vida, mi fortuna; todo!

RAM. ¿Todo?

TER. (¡No entiendo una palabra!)

DOL. (Pídele mi mano!)

BRIG. ¡Todo; es usted un héroe!

RAM. ¡Pues bien, mi Brigadier!...

BRIG. ¡Pero antes dígame usted el nombre del delincuente! ¡Pronto, su nombre!

RAM. ¡Presente, mi Brigadier!

BRIG. ¿Eh?

RAM. ¡Presente!

BRIG. ¿Usted?

TER. (¡Se hundió la casa!)

BRIG. ¿Pero estoy soñando? ¿Usted? ¡Yo sospechaba de toda la guarnición de Madrid, menos de usted!

RAM. ¡Mi Brigadier! Le he presentado al delincuente, y le pido á usted la mano de su hija.

BRIG. ¡Eso, nunca!

DOL. ¡Papá!

BRIG ¡Silencio; jamás!

RAM. Mi honradéz no me permite seguirle á usted engañando; soy rico, y de ese modo su ayudante será también su hijo; además, usted me ha prometido concederme todo lo que le pida.

DOL. Y un militar no debe faltar á su palabra.

TER. ¡Y un Brigadier, muchísimo menos!

BRIG. ¡Por vida! ¡Basta! ¡Lo he dicho, y soy esclavo de mi palabra; sea, pero que no vuelva á ocurrir!

DOL.
RAM. ¿Cómo?
TER.

BRIG. Es verdad; que no puede ser.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y EL JARDINERO

JARD. Señor; me manda el Cabo pa que le diga á usía que se acerca la brigada, y que los caballos...

BRIG. ¡Andando! ¡A caballo, Ramírez! Mañana vendremos por tí. (A Lola. Doña Teresa y Dolorea vanse al pabellón, y el Brigadier y Ramírez por el foro.)

JARD.
Aquí la dicha es completa,
y aunque á la consigna falto,
si no me aplaudís muy alto,
os disparo la escopeta. (Telón.)

FIN

OBRAS DE DON LUIS DE LARRA (HIJO)

Salirse con la suya.
La avaricia rompe el saco (1).
Á cual mas loco.
Perico el de los palotes (2). Música del maestro Taboada.
Lista de compañía (2). Música del maestro Caballero.
En un lugar de la Mancha. Música del maestro Arnedo.
Entre primos. Música del maestro Gómez.
La noche del 31 (3). Música del maestro Caballero.
¡¡Fuego!!
Avisos útiles
Don Manuel Ruiz (3). Música del maestro Caballero
Perder la pista. Música del maestro Llanos.
Septiembre, Eslava y Compañía (2). Música del maestro Caballero.
Los emigrantes (2). Música del maestro Brull.
Los Isidros (2). Música del maestro Caballero.
Muerte, juicio, infierno y gloria (2). Música del maestro Caballero.
Quítese usted la bata (2). Música del maestro San José.
«Hace falta un caballero» (2). Música del maestro Caballero.
Los calabacines (2). Música del maestro Nieto.
Las cuatro estaciones (2). Música del maestro Caballero.
El fantasma de fuego (2). Música del maestro Caballero.

---

(1) En colaboración con D. M. de Larra.
(2) En colaboración con D. M. Gullón.
(3) En colaboración con D. E. Sánchez Seña.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.